

LA SESION NECROLOGICA EN HOMENAJE A ALFREDO CAZABAN ORGANIZADA POR LA REAL SOCIEDAD ECONOMICA DE AMIGOS DEL PAIS DE JAEN

Por José Chamorro Lozano

EL día 21 de marzo de 1931, en el salón de actos de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, tuvo lugar un acontecimiento conmovedor. La gran institución cultural y educativa jiennense recordaba al que durante muchos años fue su secretario general, don Alfredo Cazabán Laguna, el hombre que sostuvo y acreció el prestigio y la eficacia de la entidad, y en la que puso no poco de su esfuerzo y de su trabajo de gran batallador por las causas nobles del Santo Reino. No es esta la más propicia ocasión para manifestar que la Real Sociedad Económica, fundada por el rey Carlos III, es algo vivo en la historia de Jaén, y no sólo mantuvo una realidad educativa esencial con sus escuelas y sus enseñanzas complementarias de idiomas, y de conocimientos prácticos para los hijos de Jaén tales como contabilidad, mecanografía, taquigrafía y otras por el estilo, sino que mantuvo un airón cultural interesantísimo, no sólo con su tribuna, donde han hablado los hombres más importantes del país, sino también con sus cenáculos literarios y sus fiestas galanas. Pongo por caso, porque no quiero alejarme de la finalidad de este artículo, aquellas Cortes Poéticas que se iniciaron en la brillante época romántica de tanto fulgor literario y en las que creadores del rango de Almendros Aguilar, Montero Moya, Bernardo López García, Enriqueta Lozano y otros muchos que harían una relación abundosa, hacían homenaje a Nuestra Señora de la Capilla, Patrona de la ciudad de Jaén.

Ese día 21 de marzo de 1931, fue uno de los más señalados y estremecidos en los anales de la Real Sociedad. Allí se reunieron unos «amigos de Don Lope», como calificaba el maestro Cazabán a los amigos entrañables de su obra y de su persona, y ofrecieron un recuerdo palpitante al gran académico. El programa de aquella memorable reunión fue el siguiente:

PRIMERA PARTE

- I.—«Esta calavera tuvo un tiempo lengua y pudo cantar», por don Luis González López.
- II.—«El Hidalgo Don Lope», por Antonio Alcalá Venceslada.
- III.—«Flora lírica de la pluma de Cazabán», por Francisco Clavijo Guerrero.
- IV.—«Cazabán, maestro de literatos. Palabras de un discípulo», por don Angel Cruz Rueda.
- V.—«Cazabán, periodista», por don Francisco de Paula Ureña.
- VI.—«Rasgos morales de Cazabán», por don José A. Moreno Cortés.

SEGUNDA PARTE

- I.—«Cazabán y la Academia de la Historia», por don Valentín Gutiérrez de Miguel.
- II.—«Cazabán y la defensa de la riqueza artística», por don Juan de Mata Carriazo.
- III.—«Emociones de juventud ante la tumba del maestro», por don Rafael Láinez Alcalá.
- IV.—«Cazabán, periodista y maestro de una generación de periodistas», por don Francisco Serrano Anguita.
- V.—Resumen del director de la Sociedad, por don Luis Fernández Ramos.

Amplia sesión y memorable acto. La prensa de aquel tiempo lo recogió con la importancia que significaba, y un diario de Jaén, «El Pueblo Católico», no sólo reflejó en sus columnas el acto en sí, sino que facilitó a sus lectores el texto de algunas de las intervenciones. Ello nos

ha permitido leerlas y entresacar algunas de las frases que estimamos de mayor relieve en los meritísimos trabajos de los intelectuales amigos de Cazabán, que pusieron un esmero y un cuidado realmente aleccionadores en este homenaje póstumo a quien tanto debía la cultura de Jaén. Esos nombres de coetáneos de Cazabán, muchos que en vida han sido miembros del Instituto de Estudios Giennenses y otros que continúan siéndolo, hoy, en esta misma publicación que le rinde un homenaje tan vivo y palpitante como aquel de hace cuarenta años, estampan también sus firmas al pie de trabajos de significativa vivencia y de riqueza de matices de la personalidad tremenda del cronista de Jaén.

Hubo una adición al programa y es la intervención del ilustre académico, que hoy preside la Real de la Historia, don Francisco Javier Sánchez Cantón, quien dijo de Cazabán lo siguiente:

«Conoce palmo a palmo el glorioso solar, sabe su historia día por día, salva edificios de la piqueta y de las injurias del tiempo, procura encender en todos la llama del amor a la ciudad. Tan íntima es ya la unión entre Ella y El, que, a distancia, son todo y parte.

Padece burlas de quienes le tildan de chiflado, su voluntad no cede ante los escollos; la falta de recursos para defender lo desdeñado por desconocido no entibia su entusiasmo. Sólo encuentra aliento en los viajeros que guía mostrando las bellezas de la ciudad amada, celadas a los ojos vulgares. De tarde en tarde, cartas de amigos distantes, cofrades en chifladura, que elogian un reciente estudio, o le piden datos y noticias, colman la ambición noble y humilde, compensando desdenes, llenando soledades...»

Y ahora queremos espigar en los textos que se nos han venido a mano de las publicaciones periódicas. El que le sucedió como cronista oficial de la provincia, don Luis González López, pulcro estilista y amante de la ciudad, ya fallecido, autor de innumerables trabajos y estudios sobre Jaén, continuador del fervoroso empeño de mantener enhiesto el airón de prestigio de docencia y cultura de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, pues le siguió también en el cargo de secretario general, dijo en su discurso estas palabras:

«Nunca agradecerá bastante la ciudad de los brazos abiertos, Jaén, el amor de su hijo ilustre, cantor de sus bellezas inmortales; nunca agradecerá bastante aquella insaciada y fecunda curiosidad por conocer

y dar a conocer su historia. Entendemos que es deleite del bibliófilo su avidez por las jornadas y hechos pretéritos: buena cantera para surtir de materiales preciosos la labor del enamorado de la España vieja; a todas luces, única fuente donde el espíritu «enfervorado», que decía la Santa de Avila, encuentra su manadero de inspiración.

Esa calavera tuvo un tiempo lengua y pudo cantar...

Cantar, sí; porque toda la obra literaria y artística de Cazabán Laguna era filial de la forma poética y, antes que de erudición, se alimentaba de la ternura del verso. Su solo nombre era toda la reedificación histórica de la provincia de Jaén a hombros de un recio entendimiento; era el fuero de crónica viva encarnado en un escritor de clara ejecutoria. ¿Y quién ha quedado al pie de las murallas del Santo Reino, como vigía y soldado, moviendo las inscripciones y fechas, efemérides y relatos que interesan al pasado de Jaén? ¿Cuándo tuvo ciudad alguna más esforzado cantor de sus grandezas históricas?»

Angel Cruz Rueda, ya fallecido también, giennense ilustre, escritor de un estilo tan elegante e incisivo que ha quedado catalogado en uno de los más destacados de su generación. Estudioso de la obra del maestro Azorín, amante de la emoción y del regusto en las cosas y en los paisajes de Jaén, que ha descrito con la luminosidad de un perfecto lienzo, poniendo énfasis en el cromatismo de la maravilla natural de la ciudad y sus alrededores. El, unido con una amistad de tan finas calidades al maestro Cazabán, dijo en su bello discurso:

«Don Alfredo Cazabán Laguna, nacido en Ubeda el 13 de abril de 1870 y a quien su familia, sus amigos y discípulos, las bellas Letras provinciales y nacionales perdimos para siempre el 14 de enero del año actual, fue infatigable periodista desde su juventud, delicado y fácil poeta, insaciable rebuscador y compilador de nuestra historia provinciana y literato que hubiera podido aquistar puesto altísimo en la Literatura española. Su afición le llevó a la historia: las necesidades o exigencias de la vida cotidiana, al periodismo —¡y cuán hórrido periodismo! Al de pueblo, en que los hombres entregados con asiduidad a él se van dejando el fósforo cerebral, las ilusiones del alma, la salud del cuerpo... para una retribución menguada y para servir de trampolín propicio a otros muchos hombres que saben agradecerlo o... desaciertan al olvidarlo—. Mas si conscientemente fue periodista y cronista de su-

cesos pasados, el literato que descollaba en don Alfredo Cazabán Laguna, fue, naturalmente, sin proponérselo, sin quererlo ser, fue, digo, maestro de literatos...

¿Se permitirá a uno de sus más humildes discípulos —que por tal se tuvo siempre— que en la solemnidad de esta fiesta, engrandecida más aún que por el selecto auditorio, por la mentalidad de los demás actuan-tes y por el marco hermoso en que se encierra —con serlo todo de muy subida calidad—; por el acierto de celebrarlo aquí, en donde tantos años trabajó don Alfredo, y por la ternura y justicia que late en ella; se permitirá que un leal amigo discípulo, como tantos otros de los que tuvo, sabiéndolo ellos o negándolo, eche a volar su memoria y forme con sus recuerdos un haz de vibraciones íntimas que traiga a este salón no a un estudiado momento, sino una sombra de lo que fue don Alfredo Cazabán Laguna; evocación en que habrá, o queremos que haya, sencillez, emoción y cariño sumos...?»

Finalmente, queremos traer a estas páginas otro testimonio de aquella memorable sesión. Es de otro «amigo de Don Lope», ya fallecido, el gran dramaturgo y fecundísimo escritor Francisco Serrano Anguita. He aquí lo que dijo:

«Permitidme que os diga —y no lo toméis a vanidoso alarde—, que una larga práctica profesional me ha dado a conocer los secretos y los matices del periodismo, y que ello me autoriza a proclamar de modo rotundo la maestría de Alfredo Cazabán. Todo su dominio de la técnica de hacer periódicos, toda su exacta y admirable visión de lo que deben ser las hojas impresas que cada día os llevan, fundido en plomo y bien oliente a tinta fresca, el rumor de las luchas y las inquietudes del mundo, están en las páginas de un folleto que Cazabán presentó, en 1901, en unos Juegos Florales de Linares y con el que obtuvo un premio donado por el glorioso don Torcuato Luca de Tena. Aquel folleto se titulaba: «Cómo debe ser la Prensa Moderna». Y asombra advertir ahora cómo adivinó Alfredo lo que habían de contener, para ser dignos de nuestra época, los grandes diarios que hoy nos enorgullecen. Hace treinta años, un hombre sencillo, oculto en una vieja capital española, sujeto a ella por el deber y por el cariño, exponía en limpia y llana prosa, maravilla de perfección y de lozanía, el certero panorama de los periódicos actuales, no ya en su amplio carácter informativo y en su aspecto de guías

de la opinión, sino atendiendo a la manera de utilizar los múltiples adelantos de la imprenta y de las Artes gráficas y a la necesidad de conseguir la dignificación literaria y de recoger todas las vibraciones del espíritu del siglo nuevo, tan complejo, tan extenso y tan difícil de encauzar y someter dentro de las antiguas normas.

Y Cazabán quiso, de añadidura, predicar con el ejemplo. Podría decirse que se anticipó a su tiempo. Dentro de los modestos límites en que se desenvuelven los periódicos provincianos, él dio a los que se le confiaron —«La Unión», «La Lealtad», «La Regeneración»—, la amenidad, el interés, la viva y palpitante eficacia que son el nervio y la médula del periodismo. Prodigó su ingenio en una labor agotadora de todos los minutos, y llevó a los papeles impresos el aroma grato de la poesía, la gracia fragante de la anécdota, la atracción del cuento y de la crónica, la agudeza del «reportaje», la sobria visión retrospectiva de la Historia, el ágil aderezo de la simple noticia y la espuela desgarradora de la información sensacional. Y todo ello revestido con ropajes de buena literatura, porque él supo antes que muchos que hoy lo pregonan que jamás la Literatura estuvo reñida con el Periodismo, pese a la vieja creencia de que el periódico no admite galas ni adornos, porque se hace con prisas y sin tiempo para emperifollarse. Como si escribir con garbo y con elegancia fuese un perifollo inútil y no un deber de dignidad y de decencia en cuantos utilizan la pluma para dar al aire sus sensaciones y sus ideas».

Cuando terminamos de ojear esas páginas amarillentas de un viejo diario de Jaén, no nos podemos sustraer a la emoción de estos relatos fragmentarios de una vida y de una obra. Esa sesión necrológica es algo más que un recuerdo; es un hecho histórico auténtico, tan vibrante que parece acontecido ayer mismo. Es un reflejo importante del eco de Cazabán en su misma generación literaria, en la que dejó un impacto imborrable.